

## INTRODUCCIÓN

La impresión que experimentaba ahora era la de un hombre que, pasando tranquilamente por un puente sobre un precipicio, observa de pronto que el puente está a punto de hundirse y el abismo se abre bajo sus pies.

LEV TOLSTOI

Mucho se ha escrito sobre la frágil y desamparada situación de la mujer en la estructura patriarcal burguesa. Pero cuando una sociedad se tambalea, ¿permanece alguien invulnerable? La posición del hombre, ingenuo orfebre de una arquitectura de cristal, no deja tampoco de resultar desoladora. Por las páginas de las novelas del siglo XIX cruzan infinidad de heroínas cuyo margen de acción es bien estrecho. En ese margen, no obstante, encuentran resquicios para soñar, para entretejer quimeras con hastíos y urdir pasiones. Esta rebelión, independientemente de su fracaso, pone en jaque el poder que las tiraniza y va anunciando una nueva y rotunda condición femenina con poderío de futuro. Ellas, sabiéndolo o no, luchan contra la opresión; ellos, contra el desconcierto. Porque el hombre va a asistir impotente —trágica condición para la masculinidad— al inicio del derrumbe del orden social cuando el ángel del hogar, abandonándose al azufre, venga a minar sus cimientos.

El siglo XIX, que conocería la más encendida polémica en torno a la identidad femenina, también alumbró la que ha sido entendida como una de las crisis más profundas de la masculinidad occidental. De una en otra. Cuando la mujer comienza a barruntar independencias, inicia un cambio de posición que trastoca el decorado en que se había de escenificar la reconfortante trama de una armonía familiar, ese refugio del hombre situado en la frontera que separa lo público de lo privado, y que se constituye en germen y reflejo de la estructuración social. Tan incómoda iniciativa femenina viene a alterar el argumento de la obra; el hombre ha de improvisar. Y no

es fácil, con un abismo abierto bajo sus pies. De hecho, y a juzgar por la ficción decimonónica, no saldría muy airoso del envite; acompañarlo en su caída interpretando heridas y gestos, insumisiones y obediencias es —como ahora veremos— el propósito de este estudio.

El proceso de gradual independencia psicológica y moral que experimenta la mujer, protagonista absoluta de la novela decimonónica, se resolvería, en muchos casos, en el establecimiento de relaciones emocionales triangulares. Este proceso de emancipación afectivo-sexual ha sido ampliamente estudiado por la crítica. Pero la redefinición de la mujer —y a ello no se le ha prestado la suficiente atención— implica la reconstrucción social del hombre y su discurso en una cultura en que las relaciones íntimas constituyen elemento primordial de la afirmación masculina. Como afirma Tolstoi acerca de Karenin —el hombre de nuestro epígrafe—:

Se veía ante una absurda, ilógica situación, y se sentía desconcertado. Se hallaba, por primera vez, frente a la vida, con su cruda realidad [...] Ese abismo era la vida misma, y el puente la existencia artificial que él había llevado hasta entonces. Percibía por primera vez una espantosa posibilidad. La idea de que su mujer pudiera amar a otro le horrorizaba (Tolstoi, 1995: 218-219).

Perplejo y cercado, en absoluto aislado; esa «ilógica» y «absurda» situación la tendrían que afrontar, lo hemos señalado, muchos de sus hermanos de ficción. El Romanticismo había revisitado y reelaborado la mitología del amor-pasión. Para ello, había extremado hasta lo inconcebible sus obstáculos y concluido la función en una apoteosis de muerte. Muerte que sembraba de eternidad el sueño del amor: abandonar la vida —voluntaria o involuntariamente— en el momento en que la pasión más resplandece es preservar esa incandescencia, es hurtarle al destino la sordidez de su degradación; es, a fin de cuentas, inmortalizarla. El Realismo, en cambio, levantaría el telón para sorprender un *medias res* que pocas posibilidades épicas ofrecía. La epopeya derivaría en tragedia: las novelas de la ficción decimonónica abren las puertas del hogar burgués y muestran cómo la realidad, en demasiadas ocasiones, se empeña en oponerse a las amables construcciones teóricas. En la sociedad burguesa el matrimonio, germen de la familia, es el eje a partir del cual se constituyen y dimanan toda una serie de convenciones sociales, legales, religiosas y morales que, a su vez, se rigen por inexorables expectativas en lo que atañe a los arquetipos de género: el hombre es el encargado de tramitar la logística; la mujer, el centro moral de tan compacta estructura.

Y si el ritmo de los tiempos —el de una sociedad en plena transformación— hacía previsible que el hombre debiera hacer frente a nuevos retos fuera del hogar, impensable era que tuviera que lidiar con una insurrección en sus propios dominios. Impensable no necesariamente significa imposible; sucede que el ángel del hogar había aprendido a leer la pasión —precisamente en la ficción romántica que la había glorificado— y en el hogar burgués irrumpen, por primera vez, términos como anhelo, incomprensión o hastío, que amenazan su precaria estabilidad.

Precaria porque, como se deduce de las palabras de Tolstoi, aunque el hombre no lo hubiera advertido, el precipicio estaba ahí. La célula básica de estructuración so-

cial, el matrimonio, se presenta —en el mejor de los casos— legitimada por el amor. Y si bien el matrimonio puede ser culminación —aunque no la más recomendable, como el Romanticismo entendió— de la trayectoria de una pasión, en modo alguno es continuación de un idilio. De un «nosotros» amoroso en estado de deliciosa desestabilización —señalaría Kristeva— pretende hacer un conjunto coherente, un pilar de la reproducción, de la producción o, simplemente, del contrato social. Reproducciones, producciones y contratos sociales se avienen mal con los latidos del corazón, las heroínas de ficción buscan fuera del hogar ese amor-pasión que han conocido en la literatura, y el adulterio, en el camino, se instala en la literatura con un desparpajo y una determinación hasta entonces desconocidos.

Y mientras ellas sueñan imposibles, ellos han de manejarse con lo impensable. La infidelidad sexual femenina, la posibilidad —imaginada; presentida; constatada— de desposesión del objeto amado a manos de un rival es uno de los mayores desafíos que pueden presentarse a la estabilidad psíquica y emocional masculina. Y no son solo de amor estos tormentos. Además de la pérdida de beneficios asociados a la relación erótico-afectiva —así nombra la psicología el romperse un corazón—, la desposesión implica, añadía Freud, una honda afrenta narcisista. Cataclismo emocional íntimo, con réplica, al que habría que sumar las repercusiones sociales de la derrota. En el siglo XIX sigue imperando —con matizaciones que a lo largo de este estudio se analizarán— ese código de honor que tanto rentabilizara la ficción áurea. También la decimonónica lo hará porque ahora, como entonces, la infidelidad femenina arroja al hombre a un callejón sin salida.

Esto es, el hombre burlado carga con la responsabilidad —no haber sabido controlar— y la mancha —deshonra— de una trasgresión ajena que, de seguir los parámetros establecidos, lo conducirá a una venganza, o desagravio, con que lavará en sangre esa mancha que no se puede borrar. Si, por el contrario, se decide a internarse por senderos distintos a los marcados por la convención —ignorar la afrenta; consentirla— no conseguirá sino agigantar las dimensiones de su depreciación social. Es mucho, pues, lo que hay en juego: la aparición de un rival supone para el hombre —ya se imagine, se sepa o se prevea burlado— la posibilidad de tener que asumir la pérdida de una mujer que en su caída arrastrará, quizás, sus esperanzas de amor traicionadas; sin duda, los parámetros de la identidad entre los que hasta entonces, ante sí mismo y ante los demás, había jugado a definirse.

Teniendo en cuenta las proporciones y consecuencias de tal envite, no sería razonable, pero sí concebible, esperar que el hombre rinda la plaza sin plantar cara al enemigo. Para hacerlo, independientemente de su particular talento estratégico o de su arrojo, cuenta con un arma de naturaleza instintiva. Los celos constituyen una reacción emocional compleja que se desata ante cualquier amenaza a una relación que se considera valiosa. Y es un arma muy versátil; resultan útiles tanto para prever la lucha como para acometerla pues, aparte del torrente de emociones, síntomas físicos y pensamientos que precipitan, activan una serie de comportamientos defensivos destinados bien a evitar, bien a corregir y reconducir una situación que se resbala entre los dedos. Suponiendo, claro está, que algo pueda detener a la vida.

En esa improbable suposición se van a debatir los hombres de la ficción decimonónica. La mujer, soñada remanso de paz, realiza una apuesta inaudita por la turbu-

lencia; serán sus hombres los que habrán de medirse para decidir la jugada. Por ello la narrativa del siglo XIX, aparte de constituirse en excelente campo de pruebas en que observar cómo la mujer, entre delirios, comienza a ensayar sus fuerzas, es impagable marco para el análisis de los resortes —psicológicos, emocionales, socio-culturales— que determinan la naturaleza de la masculinidad y sus reacciones ante esa situación límite que cuestiona su esencia y la de un orden social imaginado indestructible. Fascinante, además, porque con el tiempo ese vacilante desafío femenino se revelaría un jaque mate; en el juego de tentativas y reacciones, en que unas y otros empeñarían el alma, de ellas sería el futuro. Los desesperados intentos masculinos por retener el control que vamos a presenciar estaban, pues, antes de comenzar sentenciados por el porvenir.

Mala encrucijada de tiempos, la del siglo XIX, para el hombre, porque si ese futuro podía entreverse aun estando lejano era porque el pasado, para su mal, también lo estaba. Los sistemas coercitivos —emocionales, sociales, morales, religiosos— que hasta entonces se habían bastado para frenar los conatos de rebeldía femeninos, comenzaban ya a mostrarse insuficientes. Y, lo que es peor, se tornaban resbaladizos; la burguesía —cuyos infalibles engranajes sociales revelaron, apenas movilizados, el óxido que los corroía— exploraba nuevas formas de mirar la vida que alteraban los más sólidos baluartes de la tradición y comenzaban a deshacer certezas. El código de honor mantiene sus exigencias, no así las respuestas que sanciona ni los privilegios que concede a sus valedores. Los celos, antes escudo de los más extremados gestos y las más violentas defensas, retienen su intrínseco poder devastador y su carácter de necesidad y, sin embargo, van adquiriendo una nueva consideración social que puede despojar a quien los esgrima —según y cómo— de su derecho a la inmunidad. En esta confusión de antiguos y nuevos moldes se forja la rivalidad masculina decimonónica.

Y así, en el tortuoso mundo de las pasiones que se abre a la narrativa, el esquema del triángulo amoroso se convierte en campo de batalla donde la rivalidad entre los personajes masculinos conducirá a reacciones tan diversas como el abandono, la resignación o el enfrentamiento. El objeto de este estudio es hacer un recorrido por esas resignaciones, esos abandonos y esas guerras que venían a resquebrajar la seguridad sin fisuras de una masculinidad cuyo incontestable imperio —tan contestado desde tantos frentes en el siglo XIX— comenzaba a desmoronarse.

Para hacer tal recorrido se han seleccionado como punto de partida —y base de análisis— cinco novelas de las que consideramos voces imprescindibles de la literatura decimonónica española. Juan Valera (*Genio y figura*), Benito Pérez Galdós (*Lo prohibido*; *Realidad*; *Tristana*) y Leopoldo Alas Clarín (*La Regenta*) son, pensamos, los narradores de más talento, más amplitud de visión y más audacia que conocerían nuestras letras en la segunda mitad del siglo XIX. Entendiéndolo así, parecía atinado recurrir a ellos para encontrar historias que desvelaran la complejidad e implicaciones que arrastran las relaciones triangulares en el contexto de la época. Y, sobre todo, porque era de prever que solo ellos acertaran a imaginar una salida a situaciones como las que se van a plantear; aquellas que, para el hombre del siglo XIX, no tienen salida. El análisis de sus obras, esperamos demostrar, no defrauda tales expectativas.

Otro criterio ha guiado, asimismo, la selección realizada. En las cinco obras propuestas como objeto de estudio, la relación que se establece entre los hombres del triángulo amoroso que sustenta sus estructuras es, de una u otra manera, especialmente intensa y sólida. Es decir, estas cinco novelas permiten analizar en profundidad, desde las distintas perspectivas que proporcionan sus autores, los entresijos que conforman un pulso regido —como Girard estableciera— por el deseo mimético y en el que, por tanto, se puede apreciar esa evolución merced a la cual, para el sujeto que desea, el foco de atención se va desplazando gradualmente del objeto deseado (mujer) al mediador o modelo de ese deseo (rival). La relación triangular omnipresente en la narrativa realista es, a fin de cuentas, un asunto entre hombres.

Cinco relaciones triádicas, pues; esto es, cinco hombres cuyos dominios han sido invadidos y deben hacer frente a la posibilidad de una desposesión que desestabilizaría sus equilibrios emocionales y psíquicos y devaluaría sus identidades sociales. Son sus reacciones ante tamaño reto las que han establecido nuestro criterio de organización: las distintas réplicas que estos hombres, enfrentados a un mismo envite, ofrecen, son las que han decidido su distribución entre los tres capítulos en que este estudio se presenta estructurado, y que establecen un orden creciente en cuanto a la energía de la respuesta.

De hecho, comenzamos por el grado cero, por una reacción —si así puede llamarse— que consiste en la más absoluta pasividad. Pepe Carrillo (*Lo prohibido*) y Joaquín Figueredo (*Genio y figura*), protagonistas del primer capítulo —Eternos maridos—, son hombres que, sorprendentemente, no se dan por enterados de un desafío que, en ambos casos, bien público y notorio es. Interpretar la naturaleza de tan singular ceguera, las razones que han desarmado en ellos ese mecanismo de reacción espontánea —celos— con que podrían haber intentado bien interceptar peligros, bien contestar al reto que se les ha lanzado, es el propósito que dirige el análisis de sus enigmáticas figuras y de las peculiares relaciones que ambos establecen con los amantes de sus esposas.

Junto a ellos, y como se hará en el resto de capítulos, se presenta a otros personajes masculinos de la ficción decimonónica española —europea y norteamericana— que en similares circunstancias responden de manera similar. Marco contextual que aspira a dar cuenta de la variedad que tras una misma actitud se puede esconder y cuya riqueza, obviamente, remite tanto al distinto grado de complejidad que cada autor atinara a proporcionar a sus personajes como a las ideologías que trababan o daban alas a su escritura. Hecho, este último, tanto o más determinante que el primero, ya que siendo la insubordinación femenina uno de los conflictos más urgentes de la época, los escritores participarán en el debate —como harán en el religioso o en el político— desde las páginas de sus novelas. A través de los rumbos, maneras y conclusiones de sus historias intentarán algunos —desde el talento— analizar desencuentros y proponer nuevos cauces de convivencia, otros —desde la ingenuidad— sofocar sin más esos nuevos aires que levantaban tempestades.

En el segundo capítulo —Agravios consentidos—, Tomás Orozco (*Realidad*) y don Lope (*Tristana*) sí mirarán de frente su desventura. La mirarán y valorarán para, acto seguido, renunciar a la lucha en nombre de una estrategia. Y aunque el fin último que persiguen es muy distinto —como distintos son sus métodos—, para no hacerlo

peligrar ambos se verán obligados a apagar o, cuando menos, controlar sus celos —ardua empresa la de estos hombres—. Comparten, asimismo, la que es la plaza más denostada que la masculinidad, en este baile, puede ocupar. Consentir la invasión sin amagar un gesto de defensa es la actitud que la sociedad, unánimemente, considera más indigna, vergonzosa y condenable en un hombre.

En cualquier caso, el consentir no implica necesariamente sofocar unos celos que —como veremos a través de otros personajes que los acompañan— muy bien pueden no existir. Ni, por otra parte, permanecer inmóvil es la única forma de evitar el enfrentamiento. Por ello, en este segundo capítulo también se incluye a aquellos hombres que exploran otras formas de renunciar a su derecho —y su deber— a la réplica. Rendirse al enemigo es una de ellas aunque, paradójicamente, mucho valor hace falta para resistir —tras la sumisa entrega de la plaza— esa que hemos denominado unánime condena social. La huida, por el contrario —ya sea literal (desplazamiento geográfico) o metafórica (suicidio; locura)—, permite esquivar ese campo de batalla que no se desea, o no se puede, pisar, a la vez que evitar —dejándolas atrás en otro país, en otro mundo, en otra realidad— las consecuencias que de ello derivan.

Por último, en el tercer capítulo —Médicos de su honra— don Víctor Quintanar (*La Regenta*) presenta la opción privilegiada por la tradición y sancionada tanto por el código de honor como por la opinión social: la de los hombres que se deciden a responder a la afrenta. Su decisión y su trayectoria mostrarán —junto a las de otros personajes que siguen sus pasos— las perplejidades que, advertíamos, reserva el código de honor a aquellos dispuestos, en el siglo XIX, a cumplir sus protocolos. Los hombres de honor que centran este tercer capítulo no necesariamente actúan movidos por los celos. De hecho, como tendremos oportunidad de ver, la posibilidad de combinaciones en estas guerras —en que amor y honor entrecruzan sus caminos— es muy elevada.

Tanto que, por ejemplo, pueden los celos nublar los ojos a un marido burlado cuando se dispone a seguir el protocolo establecido para el desagravio (Gonzalo, *El cuarto poder*), y hacerlo convertir una ceremonia pautada en descontrolado desahogo que arruina definitivamente esa honorabilidad social que así pretendía salvar. O incluso puede ocurrir que sean los celos los que guíen los pasos de un hombre hasta el campo del honor (Tristán, *Tristán o el pesimismo*) para desagraviar un agravio inexistente. Y también puede suceder al revés, porque asimismo sin el impulso de los celos puede llegar un hombre —como bien sabe Quintanar— hasta ese terreno donde, a fin de cuentas, es el honor —que no el amor— lo que está en juego.

Pero no siempre se elegiría responder a la afrenta —imaginada; presentida; constatada— en ese campo del honor que las convenciones de la época privilegiaban. También la ficción del siglo XIX conocería —y de ello daremos cuenta en este capítulo— las venganzas secretas y los públicos e incontrolados derramamientos de sangre perpetrados por personajes masculinos que se deciden a ejecutar, sin protocolos, su venganza.

De la mano de don Víctor Quintanar, y gracias al peculiar diseño triangular de *La Regenta*, nuestro análisis da asimismo entrada en el tercer capítulo a una de las figuras masculinas más fascinantes de la narrativa del siglo XIX. Fermín de Pas, sólida masculinidad en una ficción muy poco dada a recrear la solidez viril, ilustra de forma

soberbia el poder transfigurador y destructor de los celos. Su trayectoria vital —que seguiremos e interpretaremos— se constituye, así, en uno de los más esplendorosos despliegues que la literatura decimonónica ofrecería de un alma masculina batida, torturada y vencida por el amor y sus tormentos.

La distribución propuesta atiende, según hemos señalado, a la respuesta ofrecida por los distintos personajes a un mismo reto. Reto que los eternos maridos ignoran, los consentidores sí miran pero desechan, y los médicos de su honra —ya sea de manera pública o secreta, con o sin protocolos— aceptan. No obstante, es preciso señalar que para ello nos hemos atendido a las que son sus últimas decisiones o actitudes. Porque siendo el desafío al que tienen que hacer frente de tamañas repercusiones sociales y debiendo, además, responder a él cuando se ven cruzados por una tormenta emocional, las vacilaciones no debieran resultar sorprendentes.

Maxi (*Fortunata y Jacinta*) y Germán (*Tristán o el pesimismo*), por ejemplo, incluidos en el segundo capítulo por sus huidas del campo de batalla —refugiado en la locura el primero; en distinta geografía el segundo—, antes de hacerlo han valorado posibilidades de tan distinto cuño como el suicidio o el homicidio. Don Víctor Quintanar y Manuel (*El niño de la bola*), médicos de su honra, vacilan hasta el último momento de sus vidas. Si Quintanar antes de dirigirse al campo del honor ha estado a un paso del perdón y la renuncia a la lucha, Manuel desahogará la furia de su pasión traicionada en el abrazo en que muere su amada para, después, dejarse apuñalar por su rival.

Quizás, en este sentido, los de más limpia decisión sean paradójicamente los eternos maridos, inmunes hasta el final de sus días a señales y rumores que conspiran para hacerlos desistir de su papel. Y también ocurre que hombres que nacieron para representarlo, como Stein (*La Gaviota*) —Agravios consentidos— o Quintanar —Médicos de su honra—, se ven bruscamente, y por movimientos ajenos a su voluntad, obligados a abandonarlo. Y nosotros, por tanto, a desalojarlos del primer capítulo —Eternos maridos— en el que, de no haber mediado el azar, debieran haber permanecido.

Es decir, otras distribuciones habrían resultado si se hubiera atendido, en algunos de los casos, no a la que es última respuesta o actitud del hombre ante el agravio, sino a su primera reacción espontánea, posteriormente corregida, o a la estructuración psíquica que lo conforma y que con sus actos desmiente. En todo caso, las oscilaciones y desmentidos que se esparcen coloreando los capítulos presentados dan cuenta, a nuestro entender, de esas distintas actitudes, maneras y perfiles psicológicos que, adelantábamos, tras una misma respuesta pueden tener cabida, y cómo desde caminos bien distintos —y bien tortuosos en ocasiones— se puede llegar a un mismo destino.

En lo que respecta a la metodología de trabajo desde la que abordar la interpretación de tan distintas actitudes y trayectorias como estos capítulos concitan, hemos optado por una perspectiva interdisciplinar. El estudio de los celos y la rivalidad masculina, que laten en el corazón de estas novelas, se realiza a partir de tres marcos teóricos de análisis: la crítica literaria, la psicología (ciencias sociales) y los estudios de género (retóricas de la masculinidad). Esta triple perspectiva, consideramos, permite abarcar los distintos ángulos conformadores de unas rivalidades literarias que,